LIBERTAD Y GRACIA EN SANTA CATALINA*

por el R.P. Dr. CORNELIO FABRO

Libertad y gracia en la vida cristiana se compenetran entre sí y constituyen el secreto punto de encuentro del hombre con Dios después de la ruptura del pecado: la vida cristiana es ante todo libertad del pecado para abrirse a la gracia de los hijos de Dios que es la participación de la vida divina. De este modo libertad y gracia en el alma del cristiano -y lo muestra Catalina con su vida, aun antes que con su palabra- circulan la una dentro de la otra como en un anillo de fuego, en el que Santa Catalina murió consumida cuando aún estaba en la flor de la vida, a la misma edad que Cristo: aquella edad que Santo Tomás juzga como la más perfecta e idónea para las grandes empresas: «La perfección está en la juventud; y tanto más posee el hombre un estado perfecto, sea antes o después, cuanto más cercano esté de la juventud»[1].

En el cristiano la libertad vive de la gracia y la gracia crece, se fortifica y fructifica con la libertad puesto que una es la libertad de la gracia de los hijos de Dios y la otra es la gracia de la libertad de los redimidos en Cristo, vestidos con su sangre, como repite continuamente

---

* Queremos ofrecer a nuestros lectores un artículo publicado por el p. Cornelio Fabro en el año 1981 y recopilado, con otros muchos artículos de diversos temas teológicos y pastorales, en *Momenti dello Spirito* (Assisi 1983). En este escrito el A. exalta la figura de Santa Catalina en relación a un tema tan crucial para la vida y la historia de los hombres como lo es el don y problema de la libertad. El papa Juan Pablo II la acaba de nombrar, junto a Santa Brigida de Suecia y a Santa Edith Stein, copatronas de Europa afirmando que «en estas nuevas patronas, tan ricas en dones tanto desde el punto de vista sobrenatural como desde el humano, pueden hallar inspiración los cristianos y las comunidades eclesiales de todas las confesiones, al igual que los ciudadanos y los Estados europeos, sinceramente comprometidos en la búsqueda de la verdad y del bien común» (Homilía durante la misa de apertura de la II Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos, 1° de octubre de 1999). (Nota del Editor).

[1] «Perfectio est in iuventute; et tanto habet homo perfectiorem statum, vel ante vel post, quanto est iuventuti propinquior» (*S. Th.*, II-II, q. I, a. 7 ad 4^{um}).

"nuestra" Catalina.

Diversos y variados son los planos y los niveles de la libertad del hombre: la vida inmediata, la vida aplicada de la ciencia y de la técnica, la vida ética y política, la actividad artística, la reflexión radical filosófica y, por último, aunque por sobre todo, la reflexión para la elevación de la vida religiosa y mística. Las primeras son libertades aplicadas y específicas, es decir modos de aplicarse a una disciplina o vocación práctica. Comportan la libertad de hacer una elección propia en la vida exterior y en el propio empeño en el mundo. Por esto se habla de libertad de pensamiento y de acción, de profesión y de investigación, de religión y de culto, de comercio y de prensa, etc.

La libertad filosófica y la libertad en la esfera religioso-mística expresan los dos puntos supremos de la fundamentación última del significado de la libertad misma: la filosófica, transportada al fundamento de la posibilidad considerada como apertura infinita de elección que es lo mismo que la indigencia infinita del vacío de la conciencia; la religioso-mística, firmemente anclada en el fundamento absoluto o sea en el Principio de su existencia que es el Amor Infinito por su creatura. La libertad del cristiano es el mundo al revés. Ella es el yo fundado en Dios[2] y el hombre fundado en Cristo, es decir sostenido en la esperanza de ser salvado del pecado y de la muerte eterna por la misericordia y por la gracia de la sangre de Cristo.

No hay nada que exprese mejor este fundarse en el fundamento que es propiamente ser libres que la libertad cristiana... Según el cristianismo el hombre se ha separado de Dios por el pecado y el pecado es la esclavitud de lo finito, el plegarse del yo en sí mismo, la desviación causada por esa "nube" del amor propio y sensual, como dice Santa Catalina. En el Nuevo Testamento pueden distinguirse cuatro formas fundamentales de esclavitud del hombre y se anuncian en Cristo cuatro libertades que son como cuatro momentos o grados en la conquista de la suprema libertad en Dios[3]. Está ante todo la *servidumbre del pecado*,

---

[2] Cf. S. KIERKEGAARD, *La malattia mortale*, tr. it. In "Opere", Firenze 1978², p. 662 b y ss.

[3] G. K. NIERDERWIMMER, *Der Begriff der Freiheit im Neuen Testament*,

aquella del hombre que es "esclavo del pecado"[4], del hombre que en el paganismo vivía sin ley y sin Dios a merced de las pasiones, o bien de los "elementos de este mundo"[5], según la expresión de San Pablo. Está luego la "*servidumbre de la Ley*", es decir de la "*letra de la Ley*", a la cual se aferraban los judíos hostiles a Cristo, en razón de haberse olvidado de su razón de ser, de lo que significaba ser un "estado particular" preparatorio y transitorio hacia Cristo. Dice San Pablo: «Antes de la ley, había pecado en el mundo; pero el pecado no se imputa no habiendo ley»[6]. Entonces, como la Ley liberaba al hombre de las pasiones, así Cristo liberó al hombre de la angustia de la ley por la libertad del amor: ya que también según San Pablo: «la fuerza del pecado es la Ley»[7].

La Ley es en sí misma buena y santa, pero es el yo perverso quien la inclina al mal. Por esto la Ley debe ser elevada más allá de la letra al nivel del Espíritu. Pero para lograr esta libertad integral el hombre debe luchar contra una nueva forma de esclavitud que es la «ilusión o las tinieblas de la mente, la *mentira* o engaño»[8]. Estos provocan lo que San Pablo llama, con mucha eficacia, el «espíritu de esclavitud por el temor»[9].

La última *esclavitud* es la muerte; la *muerte* que es efecto del pecado. Es el pecado que ha dominado por la muerte[10] y el precio del pecado es la muerte[11]; pero la gracia de Dios es la vida eterna en Cristo Jesús nuestro Señor (*Ro* 6,23).

La libertad del pecado es la libertad del error, puesto que el error es la corrupción fundamental del espíritu; de él, como fuente primera de cada acto del hombre, proceden los malos deseos, la envidia, la ira y

---

Berlin 1966, especialmente, pp. 223ss.

[4] *δοῦλοι τῆς ἁμαρτίας*. (*Ro* 6,17-20)

[5] *στοιχεῖα τοῦτου του κόσμου*. (*Col* 2,20)

[6] «Usque ad legem peccatum erat in mundo: sed peccatum non imputabatur cum lex non esset». (*Ro* 5,13)

[7] «*δύναμις τῆς ἁμαρτίας ὁ νόμος*». (*1Cor* 15,56)

[8] *σκοτία, Ψευδός*.

[9] *πνεῦμα δουλείας εἰς φόβον*. (*Ro* 8,15)

[10] *ἐβασιλεύσεν ἡ ἁμαρτία ἐν τῷ θανάτῳ*.

[11] *τὰ γαρ ὀψωνία τῆς ἁμαρτίας θάνατος*.

todas las torpezas de los siete vicios capitales. Por eso Dios nos ha liberado del pecado, como expresa San Juan en el cuarto Evangelio, en cuanto el Verbo de Dios se hizo carne y la Verdad habitó entre nosotros[12], mensaje íntegro de salvación y de esperanza. Esta forma suprema de libertad corresponde por tanto a la *fe* que el hombre tiene en Cristo en cuanto Hijo Unigénito y Verdad eterna del Padre.

El fundamento de la libertad está en el hecho de «ser procediendo de Dios»: es la naturaleza espiritual que el hombre ha recibido de Dios. La realización de la libertad es el retorno hacia Dios, el liberarse para la libertad, es fundar la libertad en el fundamento que es el Señor Jesús, la Verdad encarnada; el dominio de Dios sobre el hombre es total porque es total la libertad de Dios como causa primera, y es total la libertad del hombre como causa segunda[13].

Este dominio total tiene su primera expresión en la suma perfección y bondad de Dios en cuanto que, según la feliz expresión de Kierkegaard, sólo una Causa omnipotente puede crear fuera y entorno a sí seres libres, puesto que sólo el amor infinito todo lo dona y nada pierde al donarse y por tanto no contrae dependencia alguna con el finito[14], es decir – como se expresa Santo Tomás-, con lo finito no hay relación real[15]. La segunda expresión o realización de la liberación del hombre fue la muerte redentora de Cristo, que es liberación total, para todos y para siempre, para cada uno y en todo momento, a condición de que la

---

[12] *ὁ λόγος σάρξ ἐγένετο.* (*Jn* 1,14)

[13] También y con más eficacia, Santa Catalina: «¡Oh, Bondad infinita! ¿De dónde viene tanta fortaleza en la voluntad de tu creatura? De ti, Suma y eterna fortaleza; ¿de dónde yo colijo que ella participa de la fortaleza de tu voluntad?, porque de tu voluntad nos diste la nuestra; ¿de dónde nosotros vemos que es tan fuerte nuestra voluntad cuanto siga la tuya, y es tan débil cuanto se aparte?, por que como ha sido dicho, de tu voluntad creaste la nuestra; y por eso mientras está en la tuya es fuerte» (Las citas de las oraciones corresponden a: *Le Orazioni*, ed. crit. a cura de G. Cavallini, Studi Cateriniani, IV, Roma 1978, p. 68, siendo nuestra la traducción al castellano).

[14] *Papirer* 1846, VII[1] A 181; *Diario*, trad. It., 3ª ed., Brescia 1980, nr. 1266, vol. III, p. 240ss.

[15] *S.Th.*, I, q. 45, 3 ad 1.

voluntad lo quiera y que el hombre acoja la Verdad que salva, el Verbo hecho carne. Es la contienda esencial entre Cristo y sus adversarios: «Si os mantenéis en mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos, y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres»[16]. Le respondieron: «Nosotros somos descendencia de Abraham y nunca hemos sido esclavos de nadie ¿Cómo dices tú: os haréis libres? Jesús les respondió: En verdad, en verdad os digo: todo el que comete pecado es un esclavo[17]. Y el esclavo no se queda en casa para siempre; mientras el hijo se queda para siempre. Si, pues, el Hijo os da la libertad, seréis realmente libres»[18].

La Verdad que puede liberar, de la cual habla Jesús, no es la verdad abstracta del conocimiento de un objeto o contenido del saber, sino la adhesión a Cristo Verbo Eterno del Padre y liberador de la esclavitud del pecado y de la Ley: es la incorporación a Cristo, salvación y redención nuestra. Él es quién ha pagado con su sangre el precio de nuestro rescate de la esclavitud del pecado. Así, el cristiano ha sido comprado a un gran precio[19]: Cristo nos ha redimido de la maldición de la Ley haciéndose maldito por nosotros (*Gal* 3,13); y quien es llamado esclavo en el Señor, es libre en el Señor (*1Cor* 7,22).

La libertad cristiana tiene como *terminus a quo* negativo la liberación de la esclavitud del pecado y de la Ley, o sea de la tiranía del *amor sui* en medio de las ilusiones de los bienes efímeros y de la *superbia vitae*. Pero el *terminus ad quem*, que al mismo tiempo se convierte en fundamento fundante, es vivir del dominio total de Dios en Cristo que es al mismo tiempo la libertad suprema porque es el dominio de la verdad en el amor y del amor en la verdad. Una libertad que debe ser defendida, día a día, con temor y temblor, entre las penas y las pruebas de la temporalidad. Una libertad que crece en la medida en que se profundiza en el fundamento, cuando se abandona al movimiento de la gracia y de

---

[16] *καὶ ἡ ἀλεθέια ἐλευθερώσει ὑμᾶς.*

[17] *δοῦλος.*

[18] *ὄντως ἐλεύθεροι ἔσεσθε.* (*Jn* 8,31 ss)

[19] *ἠγοράσθητε γὰρ τιμῆς.* (*1Cor* 6,20)

los toques misteriosos del Espíritu, quien nos susurra al corazón que somos hijos de Dios.

* * *

Santa Catalina dedicó el breve tiempo de su fogosa vida a anunciar esta "libertad del espíritu". Pero su anuncio nada tiene que ver con las manías morbosas que brotan frecuentemente de los oscuros rincones de la sensualidad y del deseo de afirmación del orgullo propio, y que siempre han caracterizado los movimientos heréticos, también llamados del "libre espíritu" que pululaban en esos siglos, antes y después de Santa Catalina, y que según parece quieren reaparecer en estos días de post-concilio. Catalina está totalmente inmersa en Dios y embebida en la sangre de Cristo pero sabe que la sangre de Cristo sólo se encuentra en el "jardín de la Santa Iglesia". Para ella, verdad-libertad-autoridad son la razón, el precio y el gozo del único e idéntico amor, el círculo de la vida misma en la unidad del único movimiento del alma. El ímpetu de su espíritu, de su abismarse en el amor esencial, se expande y se expresa en términos de la más fiel ortodoxia, empapada de espiritualidad evangélica, que ella supo extraer de su vocación dominica y, mediante esta familia religiosa, de la misma teología de Santo Tomás. Hagamos referencia a algunas de sus expresiones, sin pretensión de ser exhaustivos[20]:

1- Sólo la verdad nos hace libres

Carta a Mateo de San Juan Colombini: «La verdad es la luz que nos libera, es decir que conociéndola, la amamos, y amándola nos libera de la servidumbre del pecado mortal. ¿Qué verdad es ésta que nos conviene conocer? Es la verdad dada a luz por el inefable amor de Dios... (el cual) para llevar a cabo esta verdad en nosotros nos donó su Verbo Hijo y en su sangre nos donó la Gracia» (LI, 224). Y a un gran personaje

[20] Las citas de las *Cartas* corresponden a la edición de P. Mischiatelli (Siena 1913) y para el *Libro de la Divina doctrina* a la edición de G. Cavallini (Roma 1968), siendo nuestra la traducción al castellano.

como Pedro Cardenal de Luna, que Catalina conoció en Aviñón: «Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Cristo, le escribo a usted en la preciosa sangre con el deseo de verlo amante de la verdad que nos hará libres. Puesto que no hay nadie que pueda hacer algo contra la verdad. Pero esta verdad no parece pueda poseerse perfectamente si el hombre no la conoce: puesto que sin conocerla no la ama, y sin amarla no la encuentra en sí ni la sigue. Por tanto nos hace falta la luz de la santa fe». Y la santa señala con gran ímpetu: «¿Quién nos demuestra esta verdad?... la sangre de su Hijo unigénito esparcida con el fuego del amor por la cual fuimos creados a la gracia... de modo que en la sangre conocemos la verdad por la luz de la santa fe que reside en el intelecto. Entonces el alma se enciende en el amor de esta verdad y por su amor elige querer morir antes que olvidarse de ella» (IV, 254ss.). Esto significa que la libertad se coloca al nivel del ser espiritual que elige la misma verdad.

2– El obstáculo de la libertad: el pecado, la niebla del amor sensitivo

Al mismo Pedro Cardenal de Luna le observa que: «...en la doctrina y en la vida buena se manifiesta que el hombre está privado de la debilidad y hecho fuerte contra los principales enemigos: es decir, contra el demonio, no siguiendo su perversa malicia; y contra el mundo, no siguiendo su vanidad... y contra su carne y la propia fragilidad... Por esto no se deja someter a la frágil carne, que es esclava, sino a la razón; así como debemos lograr que el alma sea señora como lo debe ser, también debemos lograr que la sensualidad sea esclava. Con todo, gran vergüenza y confusión es para el hombre que de señor, libre con tanta libertad a tal punto que nadie le puede quitar el castillo de su alma, hacerse miserable siervo y esclavo de estos tres enemigos» (IV, 290). A dos frailes, Felipe de Vannuccio y Nicolás de Pedro de Florencia, les recomienda que tengan «firme la voluntad, anegándola en la sangre de Cristo Crucificado, para que no consienta» ante «el escollo de la frágil y miserable carne que desea luchar contra el espíritu; la misma carne está revestida de amor sensitivo lo cual es una ofensa, pero no sería ofensa a no ser que la voluntad, ligada al propio amor sensitivo, consintiese a la frágil carne

deleitándose en corromperse. Pero si la voluntad está muerta en su amor sensitivo aunque en cuanto al deleite se encuentre atada por la obediencia, no la puede este último dañar ni impedir que navegue; aún más, es un aumentar y dar vigor al viento para que corra más velozmente hacia su puerto» (II, 70). Inclusive al Cardenal Santiago Orsini, el cual era reacio a reconocer a Urbano VI, le observa que: «...el alma no puede ser dominada totalmente sino cuando ahoga y da muerte a su perversa voluntad sensitiva que siempre se rebela contra el alma y a su Creador» (II, 150). Y a una religiosa de Montepulciano le dice: «No quiero que en tu corazón se encuentre otro sino Dios; sacando de él todo amor propio y sensible hacia los familiares o de cualquier otro tipo de amor que sea. Sin temor alguno, sea de muerte o de vida, mas con el corazón libre y revestida con semejantes ropajes, ponte en las manos de tu eterno Esposo y abandónate a su voluntad de modo que él haga o deshaga según que sea para Su honor y bien tuyo» (I, 250).

3- La libertad del cristiano por la sangre de Cristo

La doctrina fundamental del Diálogo, expuesta desde el comienzo, es que el hombre sólo se abre libremente en la medida en que corresponde a la gracia: «Porque venido el tiempo de la discreción, por el libre albedrío puede hacer el bien o el mal según plazca a su propia voluntad. Y es tanta la libertad que el hombre tiene y le ha fortalecido tanto la fuerza de esta sangre gloriosa, que ni el demonio ni ninguna criatura le puede obligar a la menor culpa si él no lo quiere. Ha sido liberado de la esclavitud y ha sido hecho libre para que fuese señor de su propia sensualidad y alcanzara el fin para el que fue creado» [P. II C. 1 (Cap. XIV)[21]].

Un poco más abajo dice, describiendo la armonía de las tres potencias del alma, la memoria, el intelecto y el afecto, con las cuales forma un plexo unitario de vida: «Es tan grande la unión que hay entre

[21] Utilizamos la traducción española de la B.A.C.: *Obras Completas de Santa Catalina de Siena. El Diálogo* (Madrid 1955). Nota del traductor.

estas tres potencias del alma[22], que no me puede ofender una de ellas sin que me ofendan todas, porque cada una sirve a la otra en el bien o en el mal, según place al libre albedrío. Este libre albedrío está atado a la voluntad y lo mueve como le place, según la luz de la razón o contra de ella... El alma es libre, liberada del pecado por la sangre de mi Hijo, y nadie la puede dominar si ella no consiente en ello. Está atada al libre albedrío, y el libre albedrío no es más que una cosa con la voluntad puesta de acuerdo con ella. Se encuentra, pues, entre la sensualidad y la razón; puede volverse hacia la una o hacia la otra según le plazca» [P. II C. 4 (Cap. LI)]. Catalina vio el misterio de la sensualidad mucho más profundamente que las cómodas explicaciones o elucubraciones de las técnicas del psicoanálisis y de la psicoterapia moderna.

Pero esta libertad es fruto del amor, como explica Santa Catalina con trazos magistrales desde el inicio mismo del capítulo: «Yo creé el alma a mi imagen y semejanza, dándole la memoria, el entendimiento y la voluntad. La inteligencia es la parte más noble del alma. Esta inteligencia es movida por el afecto, y el afecto se nutre de la inteligencia. La mano del amor, es decir, el afecto, llena la memoria del recuerdo de mí y de todos los beneficios recibidos... De esta manera, una potencia sirve a la otra, y así se nutre el alma en la vida de la gracia». Ahora, Santa Catalina desarrolla el llamado "círculo del alma": «Es tan grande la unión que hay entre estas tres potencias del alma, que no me puede ofender una de ellas sin que me ofendan todas, porque cada una sirve a la otra en el bien o en el mal, según place al libre albedrío. Este libre albedrío está atado a la voluntad y lo mueve como le place, según la luz de la razón o contra de ella». Y con gran agudeza, vuelve al punto central de la gracia que hace reposar al alma en Dios: «Es cierto que cuando el alma se aplica a reunir,

[22] Está hablando en el contexto más preciso de la relación del intelecto y de la voluntad en el estado unitivo, estado «...en el que los ojos de la inteligencia son arrebatados por el fuego de mi caridad, de la que reciben la luz sobrenatural. Con esta luz me aman, porque el amor sigue a la inteligencia, y cuanto más conoce, más ama, y cuanto más ama, más conoce. Amor y conocimiento se nutren entre sí» [P. II C. 4 (Cap. LXXXV)]. Este es el "círculo del amor" que supera las angustias del intelectualismo y del voluntarismo.

con las manos del libre albedrío, sus propias potencias en mi nombre (...), entonces el libre albedrío se suelta de la propia sensualidad y se une con la razón. Yo me pongo entonces en medio de ellos; esto es lo que dijo mi Verdad»[23].

4- El ejercicio de la libertad en el salto infinito de la gracia

En este sentido, a Sor Daniela de Orvieto le describe la libertad como brotando de la fuente de la divina gracia y actuando en las obras de las santas virtudes, las cuales «ni demonio, ni creatura, ni enfermedad alguna nos pueden quitar, si no queremos... A esto debe tender el santo deseo que se enaltece cuando con la luz del intelecto especula sobre sí mismo... en esto se ocupa y debe dedicarse a conocer, a fin de embriagarse y arder en la sangre consumiendo su propia voluntad y no solamente completando el rezo de muchos padrenuestros» (III, 281,285).

Por esto la santa exhorta a «dar muerte con santo odio a la

[23] La santa declara, como lo hace Santo Tomás de Aquino, que el intelecto es superior a la voluntad, aunque en el plano de la acción el primado corresponde al amor: «El alma no puede vivir sin amor. Siempre desea amar alguna cosa, puesto que está hecha de amor y por amor fue creada. Por esto te dije que la voluntad movía a la inteligencia, como si aquélla dijera: "Yo quiero amar, puesto que el alimento del que me nutro es el amor" La inteligencia entonces, despertada por el afecto, se levanta como si dijera: "Si tú quieres amar, yo voy a ofrecerte el bien que pueda ser objeto de tu amor"» [ibid.]. Ésta es la doctrina de Santo Tomás: «Los seres que tienen voluntad se llaman buenos en cuanto tienen buena voluntad, pues por la voluntad usamos de cuanto hay en nosotros, y por eso no se llama bueno al hombre de gran entendimiento, sino al que tiene buena voluntad. Ahora bien, la voluntad tiene como objeto propio el fin» (*S. Th.*, I, q. V, a. 4 ad 3^{um}). Y también en el mismo lugar, q. XLVIII, a. 6: «Siendo la voluntad por la que hacemos uso de todo, síguese que el hombre es bueno o malo según es buena o mala su voluntad, por la que usa o abusa de las cosas de que dispone». El Angélico es constante sobre este primado formal del intelecto, unido sin embargo al existencial de la voluntad: cf. *Super Eth.* n° 451; *Lectura super Math.*, c. VII, lect. 2; Q. *De virtutibus in communi*, a. 7 ad 2^{um}; *Q. Disp. De Malo*, q. I, a. 5; q. VI, a. 1.

voluntad propia» (III, 223) que lleva al alma a la desesperación. A Fray Francisco Tebaldi le indica la luz fogosa de la divina caridad: «Ya que Dios por amor dio la virtud y la potencia al alma para que con la fuerza de la razón ascendiese sobre el estrado de la conciencia y con la sabiduría del Verbo... dictase la sentencia a fin de que la sensualidad muriese por la daga de la voluntad y bajo la mano del libre albedrío» (III, 12). A su padre espiritual, Fray Raimundo, le revela la santa la fuente del amor de la cual brota la libertad del espíritu, alentándolo a recibir la sangre del Cordero que descendía de la cruz. Cristo, supremo modelo de amor y de libertad se ve urgido por el amor a irrigar la tierra de nuestros pecados: «Nosotros fuimos la tierra donde fue clavado el estandarte de la cruz: nosotros estábamos ahí como un vaso para recibir la sangre del Cordero que descendía por la cruz. ¿Por qué fuimos nosotros la tierra? Porque la tierra no daba abasto para sostener erguida la cruz; más aún, ella habría rechazado tanta injusticia; en efecto, ningún clavo era suficiente para tenerlo clavado si no lo hubiese tenido el amor inefable que él tenía por nuestra salvación... Por tanto fuimos nosotros aquella tierra, la cual sostuvo erguida la cruz y somos el vaso que recibió la sangre... y es por esto que yo dije que deseaba verlo a Ud. como verdadero esposo de la verdad. Báñese entonces en la sangre de Cristo Crucificado, y báñese en la sangre y embriáguese de esa sangre y sáciese de sangre y vístase con la sangre». Y ahora vuelta hacia sí misma: «Nuevamente me quiero vestir con la sangre y despojarme de todo otro ropaje que hubiese tenido hasta hoy. Quiero sangre y en la sangre satisfago y satisfaré mi alma. Estaba engañada al buscar la satisfacción en las creaturas. Quiero por tanto durante este tiempo de apuro terreno acompañarme de la sangre; y así encontraré la sangre y las creaturas; y beberé su afecto y su amor en la sangre. Y así en el tiempo de la batalla gustaré de la paz y en el tiempo de la amargura gustaré de la dulzura. Lavaos en la sangre y gozad que yo gozo (con santo odio) de mí misma. No digo otra cosa. Permaneced en el santo y dulce amor de Dios. ¡Dulce Jesús, Jesús Amor!» (II, 156).

Junto con Jesús, el modelo más alto y cercano de la libertad es María. Es en el misterio de la Anunciación, sobre el cual se detuvo con preferencia el arte y la piedad medieval, donde Catalina se detiene en su altísima elevación del 25 de marzo de 1379 al contemplar la libertad de

aceptación de María: «Tú, hoy, María te has hecho libro sobre el cual está escrita nuestra regla... en Ti se manifiesta hoy la fortaleza y la libertad del hombre... también en Ti María se demuestra hoy la fortaleza y la libertad del hombre puesto que después de la deliberación sobre tan grande consejo fue mandado a Ti el ángel para anunciarte el misterio del deseo divino y recoger tu voluntad; y no descendió en tu vientre el Hijo de Dios sino cuando Tú consentiste con tu voluntad. Él esperaba a la puerta de tu voluntad, esperaba que le abrieses puesto que quería venir a Ti y jamás hubiese entrado si Tú no le hubieses abierto diciendo: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra». Se demuestra patentemente la fortaleza y la libertad de la voluntad, a tal punto no se puede hacer ni mal ni bien alguno sin la misma y que no hay demonio ni creatura que pueda forzarla a la culpa del pecado mortal si ella no quiere. Tampoco se la puede constreñir a obrar algún bien que ella no desee, por lo que la voluntad del hombre es libre no pudiendo ninguno empujarla al mal ni al bien si ella no lo acepta. Golpeaba, María, a tu puerta la eterna Deidad; pero si tú no hubieses abierto la puerta de tu voluntad, Dios no se hubiese encarnado en Ti» (ed. Cavallini, p. 122ss.).

* * *

Los hechos siguen a la doctrina. Santa Catalina fue una incansable y valerosa embajadora de la verdad con su inflamada palabra de libertad. Ninguna mujer tuvo jamás en la Iglesia palabras tan firmes de resonante imperio de amor y de humilde e incondicional servicio a la Iglesia como la virgen de Siena. A todos los que le escribió, desde los humildes campesinos hasta los religiosos y religiosas, a los príncipes y guías, a los sacerdotes prelados, cardenales y Papas, a sus mismos padres espirituales y sobre todo al beato Raimundo, la palabra de Santa Catalina, tierna pero vehemente, les llegó como un torrente de fuente eterna, mensajera de luz y de gracia.

Al Papa Gregorio XI escribe: «...con deseo de verlo y sin algún temor servil... sea en Vos un ardor de caridad de tal modo que no os

permita oír las voces de esos demonios encarnados[24] y no os detenga el consejo de perversos consejeros, los cuales fundados en su amor propio, y que según yo entiendo, os quieren infundir miedo para impedir vuestra venida a causa del miedo diciéndoos: "Morirá". En cambio, yo os digo de parte de Cristo Crucificado, dulcísimo y santísimo Padre, que Vos no debéis temer a cosa alguna que sea. Venid seguramente... ¡Vamos Padre! Que yo os digo que no hay qué temer... haced así, dulcísimo padre; seguid a Cristo como su vicario y deliberando y deteniéndoos en vos mismo, al estar delante de ellos decid: aun cuando perdiese mil veces la vida, quiero cumplir la voluntad de mi Padre» (IV, 10ss).

Al rey de Francia, Carlos V, no teme de regañarle los titubeos ante las cruzadas: «...vuestra pesadumbre ha entorpecido y obstaculiza el misterio del santo pasaje... por lo cual os deberíais avergonzar junto con los otros señores cristianos puesto que gran confusión origina delante de los hombres y abominación delante de Dios el hecho de que se haga la guerra al hermano y se deje tranquilo al enemigo queriendo expoliar lo ajeno sin recuperar lo propio. ¡Basta de estupidez y ceguera! Os digo de parte de Cristo Crucificado que no dudéis más en concertar esta paz. Haced la paz y dirigid toda la guerra contra los infieles» (IV, 20ss).

Al joven y fuerte príncipe de Anjou, a quien ella misma llama «querido y dulce señor y hermano en el dulce Cristo Jesús», le recomienda «...seguir a esta dulce palabra con verdadera virtud, a Cristo Crucificado, y no os dejéis engañar por el mundo ni por la fuerte juventud» (IV, 26).

A Juana, la disoluta reina de Nápoles, a quien Catalina llama «querida y reverenda madre (querida me seréis cuando os vea que seáis hija y súbdita obediente de la Santa Iglesia; seréis reverenda para mí en cuanto os rendiré la debida reverencia de la cual seréis digna cuando abandonéis la tiniebla de la herejía y sigáis la luz)» y hasta «dulcísima madre»; con todo no teme escribirle que «...obrando contra la verdad de la Iglesia santa y contra el Papa Urbano VI, obráis contra la verdad de Dios y perdéis el fruto de la sangre de Cristo... por lo cual tengo gran

[24] Así solía llamar Catalina a los eclesiásticos que vivían indignamente según su estado.

admiración y intolerable dolor al ver vuestra inteligencia tan ofuscada por la nube del amor propio, por la ilusión del demonio y por la mala y malvada decisión a causa de la cual no os importa la condenación de vuestra alma y la ruina del pueblo, sea en sus almas como en sus cuerpos, ni vuestro daño corporal ni la vergüenza del mundo. ¡Dulcísima madre!, por el amor a Cristo crucificado sed para mí dulzura y no amargura. Y con todo, con gran vergüenza nos presentaremos delante del Sumo Juez en la hora prostrera de la muerte, que pronto esperamos» (V, 298, 300).

A Urbano VI, que no tenía naturaleza de cordero sino más bien de león, le escribe: «...con deseos de veros con corazón valiente, de modo que realmente reprendáis los vicios que se oponen a vuestra santa voluntad... ¡Oh, santísimo Padre, abrid el ojo de vuestra inteligencia y mirad con él al objeto de la dulce verdad!». Y lo exhorta a la reforma: «especialmente en las órdenes clericales sobre las que debéis poner mayor atención... al menos haciendo lo que está a vuestro alcance, para lavar el seno de la Santa Iglesia, procurando deshaceros de la mala compañía de aquellos que os rodean y colocar junto a vos a aquellos que se dedican a buscar el honor de Dios y el vuestro y el bien de la Santa Iglesia de modo que no se dejen contaminar ni por falacias ni por dinero... Padre mío querido. Así como Dios os ha dado un corazón naturalmente grande, también os ruego y quiero que os ingeniéis para tenerlo grande sobrenaturalmente; es decir, que adquiráis con corazón valiente y basado en la humildad, el celo y deseo por la virtud y por la reforma de la Santa Iglesia». Y después de otras valientes palabras y dulces exhortaciones, concluye: «Yo, hija miserable e ignorante, no me detendré jamás en cuanto él me dé su gracia. Quiero gastar mi vida por vos y por la Santa Iglesia llorando continuamente, vigilando y rezando con fe humilde y constante» (V, 308ss.).

A los magníficos señores defensores del pueblo y de la municipalidad de Siena reprochaba de «...haber servido durante tanto tiempo contra Dios y contra toda razón» y les recomendaba la fidelidad a Urbano VI: «...a él debéis obediencia y ayuda, y si hiciere falta, hasta morir por esta verdad... puesto que el Papa Urbano VI es Papa y sumo pontífice verdaderamente» (V, 327).

Y hasta a su padre espiritual le reprochaba con libertad de espíritu

y sin muchos rodeos: «No fuisteis digno de permanecer en el campo de batalla, sino que como un jovencito fuisteis enviado a la retaguardia y vos con gusto escapasteis... ¡pillo padre mío, cuánto hubiera sido feliz vuestra alma y la mía si con vuestra sangre hubieseis colocado una piedra en la santa Iglesia por amor a la sangre! Verdaderamente tenemos materia para llorar, al ver que nuestra poca virtud no mereció tanto bien» (V, 123).

Estos son apenas algunos textos extraídos aquí o allá del inflamado bosque del epistolario de Santa Catalina que es el itinerario de la verdad en la libertad y de la libertad en la verdad. Ella se llama a sí misma: «Yo vil esclava que he sido puesta en el campo donde fue esparcida la sangre por amor de la sangre» (VI, 18). Y su lema, que recurrentemente aparece como emblema de su misión y con el que inicia sus cartas es siempre: «Yo Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo». Su vehículo sobrenatural es la sangre de Cristo: «Les escribo por la preciosísima sangre; escribo y los conforto por la preciosísima sangre derramada con tan ardiente amor por nosotros» (II, 94), «...con deseos de veros bañados y anegados de la sangre de Cristo Crucificado» (II, 262)..., «de modo que se consuma todo defecto y voluntad propia, porque ella es causa e instrumento de la muerte del alma. Así, cuando nuestra voluntad está toda consumida en la sangre, da vida al alma porque está vestida de la suma y eterna voluntad de Dios».

Al débil y temeroso Fray Raimundo dirige lo que podríamos llamar una epopeya de la gracia, en la cual canta el triunfo de la sangre: «Anegaos en la sangre de Cristo crucificado, bañaos en la sangre, saciaos de sangre, vestíos de sangre, doleos de vos en la sangre, alegraos en la sangre, creced y fortificaos en la sangre: perded la debilidad y la ceguera en la sangre del Cordero Inmaculado: y con la luz corred como valeroso caballero y buscad el honor de Dios, el bien de la Iglesia y la salud de las almas en la sangre» (V, 124). Y luego la santa levanta un himno a la voluntad liberadora de Dios: «¡Oh, voluntad dulcísima!, que dais la vida y quitáis la muerte, donas la luz y consumes las tinieblas: tú quitas toda pena que aflige el alma y la colmas con el honor de las virtudes; vístela con la vestidura nupcial del fuego de la divina caridad y hazla comer en la mesa de la cruz el alimento del honor y de la salud de las almas... que estando en el mar tempestuoso, navega en paz. Todo este tesoro es don de

Dios en el alma, cuando está vestida de su eterna voluntad y privada de la propia; porque la propia voluntad siempre da y genera tempestad y amargura. Bien se sigue que quien ha anegado su voluntad en la sangre, está en perfecta paz» (V, 287). El estilo de Santa Catalina no tiene incertidumbres ni grietas en su libertad interior. A Urbano VI, vencedor (de la sedición de Florencia) le ruega que mitigue su ira contra los rebeldes y le dice valientemente: «No esperamos ser humillados». Y al rey de Francia manda este mensaje imperativo: «Cumpliréis la voluntad de Dios y mía» (I, Introd. de P. Misciatelli, p. XXII).

En la cumbre de este camino ascendente trazado por Santa Catalina está la aceptación activa a dedicarse totalmente a la voluntad de Dios en profundísima humildad y con impetuosa exigencia de enseñorearlo todo y darlo todo al Esposo de sangre. La libertad de arbitrio, la libertad del hombre común y de cierta filosofía contemporánea confusa y somnolienta, es hacer lo que a uno le gusta o no le gusta, es vivir la aventura del capricho. Es aquella aberración que incluso producía – y con razón - horror extremo hasta al mismo Kant. La libertad filosófica es la conformidad con la razón en la transparencia y coherencia de la esfera teorética y de la esfera práctica que Kant, llevando el antiguo imperativo moral estoico al interior de la subjetividad activa del Yo, ha expresado como la exigencia del deber. El máximo constreñimiento subjetivo objetivante es puesto como fundamento y razón de la libertad: ... *si debes, puedes*. Por tanto, es el deber lo que te distingue en cuanto a la dignidad de espíritu y te revela el don y la tarea de la libertad. Pero se trata, en esta filosofía y en todo el pensamiento moderno, de libertad formal y no de la real; de una libertad que concuerda con la necesidad de la razón como espontaneidad activa del espíritu en la aventura de la contingencia o existencia histórica. Por el contrario, la libertad teológica del cristiano es la fundación de la frágil voluntad humana en la omnipotencia salvífica y salvadora de Dios y en la misericordia de la gracia de Cristo. La libertad mística está en el abandono total del alma en Dios y para Catalina en la inmersión en la sangre de Cristo. El ímpetu prepotente e irresistible de su "Yo" doliente y amante, transido por tantas desgracias que viven la Iglesia y las almas, la arrebata a límites vertiginosos, de los cuales no encontramos antecedentes en toda la

historia de la espiritualidad. Tal vez, aunque por la parte opuesta, y por amor humano y carnal, podamos ver alguna semejanza en ciertos impulsos de destrucción de algún esporádico ejemplo de donación total por parte de la femineidad, cuyo ejemplo más antiguo y puro es y será Antígona.

El Yo de Catalina, con la voluntad que lo domina, está fusionado con Dios en la sangre de Cristo para derramarse por las almas. Es en esta relación de intensísimo amor doliente por las almas que su voluntad se enciende y se actúa. Se podría decir que si el fundamento de la libertad está para Catalina, como para todo cristiano, en Dios y en Cristo, la elección o bien la realización de esta libertad mira a las almas, ya que Dios no tiene necesidad de servicio alguno nuestro sino que quiere que vayamos hacia él a través de los servicios prestados a nuestros hermanos. Por eso añade a cada paso: «...Yo Catalina, sierva de los siervos de Cristo».

Esta «caridad de servicio al prójimo», como realización de nuestro amor a Dios se funda totalmente –para Catalina como para Tomás de Aquino y para cualquier cristiano que se empeña en practicar las obras de misericordia según el Evangelio–, en la trascendencia de Dios, Sumo Bien, y en el sacrificio de la Cruz que el Hombre-Dios sufrió por nosotros: «Mas la razón de amar al prójimo es Dios. Esto debemos querer para el prójimo: que esté en Dios. De donde es manifiesto que es idéntica la especie del acto por el cual Dios es amado y por la cual el prójimo es amado»[25].

Es la unidad vertical intensiva y comprensiva. El amor del prójimo está fundado por título doble en el amor a Dios y a Cristo, lo cual forma el primer precepto, mientras que el amor al prójimo ("como a

[25] *S. Th.*, II-II, q. 25, a. I. Estamos luego, a las antípodas de la llamada "antropología trascendental" de nuestros días, la cual afirma "la unidad", es más, "la identidad" del amor a Dios y al prójimo (p. ej.: K. RAHNER, *Über die Einheit von Nächsten-und Gottesliebe*, in "Schriften zur Theologie", Einsiedeln 1965, Bd. VI, p. 277ss.). Es la unidad horizontal mundana y dispersiva en las categorías de espacio y tiempo.

ti mismo"; no entonces "como a Dios") lo sigue en segundo lugar (cf. *Mt* 22, 37-40).

El acuerdo con la voluntad de Dios se ve en la pasión de Cristo, en el clamor de la sangre de Cristo y por tanto en la donación total de sí para la salvación de los hermanos: este es el único sentido concreto de la voluntad y libertad del cristiano en la dimensión de la Encarnación y su participación en la Redención. Es la enseñanza de toda la vida de Catalina que culmina en la experiencia inefable de la sangre con ocasión de la muerte de Nicolás Toldo, el joven de Perugia condenado a muerte siendo aparentemente inocente, la cual se encuentra descrita en la célebre carta al buen Fray Raimundo.

«Fui a visitar a aquél que sabéis; fue de tanto consuelo y quedó tan confortado que se confesó y se dispuso muy bien. Y me hizo prometer por el amor de Dios que cuando llegase el tiempo de la justicia, estuviese yo con él. Y así prometí e hice. Luego, por la mañana, antes del primer toque de la campana fui a verlo y recibió gran consolación. Lo encaminé para que oyera Misa y recibió la Santa Comunión, la cual nunca jamás había recibido. Aquella voluntad estaba de acuerdo y sometida a la voluntad de Dios y sólo le quedaba el temor de no ser fuerte en aquel momento. Pero la desmedida e inflamada bondad de Dios lo sedujo, creándole tanto afecto y tanto amor por el deseo de Dios que no podía estar sin él y decía: "Quédate conmigo y no me abandones. Y así no estaré sino bien: moriré contento". Y tenía su cabeza sobre mi pecho. Entonces sentí un gozo y un perfume como de su sangre, mezclada con la mía que deseo verter por mi dulce esposo Jesús. Y creciendo el deseo de mi alma y sintiendo su temor dije: "Confórtate dulce hermano mío; ya que pronto llegaremos a las bodas. Tu irás bañado en la sangre del dulce Hijo de Dios, con el dulce nombre de Jesús que no quiero que pierdas jamás de tu memoria. Y yo te espero en el lugar de la justicia"». Catalina vive un fluir de sangre a sangre, en lo profundo del alma de Toldo y de su propia alma, en la única sangre de Cristo. Así Toldo tuvo su libertad esencial, la libertad de morir abandonado en Cristo abandonándose en el seno de Catalina. «Ahora pensad, padre e hijo mío, que su corazón perdió todo temor y su rostro se cambió de tristeza en alegría; y gozaba y decía: "¿De dónde me viene tan singular gracia que la dulzura de mi alma me

espere en el lugar santo de la justicia?". ¡Veis que había llegado a tanta luz que llamaba al lugar de la justicia lugar santo! Y decía: "Sí. Iré fuerte y alegre; y me parece que he de esperar mil años aún cuando pienso que estaré allí. Y decía palabras tan dulces sobre la bondad de Dios, que son para morir de alegría"». Por tanto es la fusión de las dos almas, a saber, la de Toldo y la de Catalina en la inmolación total en la cruz de Cristo: «Lo esperé entonces en el lugar de la justicia y esperé ahí en continua oración y presencia de María y de Catalina, virgen y mártir. Antes que llegase, yo me agaché y tendí el cuello sobre el cepo: pero no me pareció justo que se hiciese mi gusto. Me alcé y recé, me acongojé y dije: ¡María!, que yo quería esta gracia: que en aquel momento le diese (a él) una luz y una paz de corazón y que después lo viese volver a su fin. Llenóse entonces tanto el alma por la dulce promesa que se me hizo, que no veía a nadie aun cuando había en la plaza una gran multitud».

La unión de las dos almas y de las dos voluntades en la muerte se cumple en la celebración sobrenatural de un nacimiento y de una maternidad espiritual para Catalina: «Luego él llegó como un cordero manso y al verme comenzó a sonreír y quiso que yo le hiciese la señal de la cruz. Y cuando la hubo recibido le dije: "¡Has llegado ya, dulce hermano mío a las bodas! Dentro de poco estarás en la vida perdurable". Se ajustó con gran mansedumbre y yo le acomodé el cuello y me incliné para recordarle la sangre del Cordero. Su boca no decía sino Jesús y Catalina. Cerré los ojos diciendo "quiero"; y recibí en mis manos su cabeza».

La experiencia o visión que tuvo San Agustín en Ostia de la presencia del Eterno seguida de un gozoso dolor (*Conf.* IX, 10) tiene, si se quiere, un sabor plotiniano y sabe a huida hacia el Uno y de horror por el dolor del mundo (*Enarr.*VI, lib. IX, c. II). La experiencia que Pascal tuvo el día de San Clemente el 23 de noviembre de 1654: «Fuego, Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob, no de los filósofos y de los sabios. Certeza, certeza, sentimiento y alegría. Alegría y paz. Dios de Jesucristo» (ed. Brunschvig 18, París 1917, p. 142), también fue una experiencia altísima. Pero fue una experiencia del yo moderno, solitario y ávido de certeza que se aferra a Cristo desde la desesperación del pecado. La experiencia de Catalina es la "contemporaneidad con Cristo" en la

liberación de la gracia por la intensidad de la experiencia de la muerte de Toldo: «En seguida vi al Hombre Dios, cuya claridad semejaba la del sol; y estaba abierto y recibía la sangre; recibía por su divina caridad en su sangre un fuego de santo deseo dado y escondido en su alma por la gracia». Catalina no interpretó el caso de Toldo, digno de compasión, como horror de justicia u obra de humana injusticia. Lo vio como un acto misericordioso de amor de Cristo hacia Toldo y vio su obra materna como acto de amor para liberar a Toldo del terror de la muerte y para engendrarlo a la vida por la sangre de Cristo que «recibió su alma, la cual puse en la herida abierta de su costado lleno de misericordia... ¡Oh, cuán dulce e inestimable era ver la bondad de Dios! Con cuánta dulzura y amor esperaba a aquella alma que partía del cuerpo: giró el ojo de su misericordia hacia ella cuando vino para entrar dentro del costado bañado con su sangre, la cual era la sangre del Hijo de Dios. Así fue recibido por Dios por potencia (potente por poder realizarlo); y el Hijo, Sabiduría Verbo encarnado, le donó y lo hizo partícipe del amor de la cruz por el cual él recibió la penosa muerte a través de la obediencia que él guardó al Padre para utilidad de la naturaleza humana y de las generaciones; y las manos del Espíritu Santo lo cerraban allí dentro».

Y finalmente despuntó, como transfigurada por el recuerdo, una sutil y purísima complacencia que disipó la desgarrante angustia femenina y materna provocada por la juventud de aquella cabeza que caía en su seno empapada en sangre. Y él, llegado el momento de una muerte injusta y cruel, buscaba sólo a Catalina: «Pero él representaba una dulce escena de modo que atraía mil corazones. Y no me maravillo, pues ya gustaba la dulzura divina. Entonces se volvió como hace la esposa cuando ha llegado al dintel de la morada de su esposo. Miró atrás e inclinó la cabeza para saludar a los que lo acompañaron y con dicho acto muestró su reconocimiento». Catalina, ebria de la sangre de Cristo Salvador había llegado a estar ebria de la sangre de Toldo, salvado y liberado en Cristo para la libertad esencial: «Cuando se llevaron el cadáver mi alma descansó en paz y quietud, y disfrutaba tanto con el perfume de esta sangre que no podía sufrir que lavasen la que había salpicado mis vestidos» (IV, 219ss).

La libertad que nos enseña Santa Catalina es la libertad que ella

experimenta al palpar la gracia como realidad de la redención por la sangre de Cristo, la libertad de la última trascendencia en el arrebato del dolor y del amor, ávida de anegarse en la sangre de Cristo como lo muestra el grito con el cual dejó este mundo: «¡Sangre, sangre!». Por este motivo, nosotros hemos saludado la proclamación que hizo Pablo VI de Santa Catalina y de Santa Teresa de Ávila como Doctoras de la Iglesia como un despuntar del alba en la historia de la Iglesia peregrina por el mundo, como impulso a una nueva era en la vida de la Iglesia auspiciada por el Vaticano II.

Nosotros, sus humildes hijos, unidos a su primera y amada familia, nos juntaremos siempre entorno a aquella virgen que tuvo el nombre más alto y puro sobre la tierra, el de «madre reverendísima»[26], a quien su hijo más frágil y delicado, Neri de Landoccio de los Pagliaresi llamaba con nostalgia punzante y resignada: «Aquella que se llama y es verdaderamente madre».

Criatura privilegiada por la gracia, Catalina pasó su breve vida, aunque sedienta de contemplación, deseosa de sumergirse en el «plácido mar» de la divinidad y de anegarse en la sangre de Cristo, viviendo siempre en guerra contra el mal y el pecado con la fuerza y vehemencia de un arcángel cuya espada está desenvainada contra el enemigo, contra el príncipe del siglo. Pocas almas, inclusive entre las privilegiadas, han sentido como ella el precio del pecado privado y público; han advertido la ruina que el mismo causa en la vida personal como en la pública, en la sociedad civil como en la religiosa y se han ofrecido como víctimas sobre el yunque de la divina justicia. También ella, al igual que Gemma Galgani que aunque inocente se consideraba la más grande pecadora, tomó como lema suyo: «*¡Peccavi, domino* (otras veces: "*domine*"), *miserere mei*!» y se presenta casi sollozando: «Yo, mísera y miserable». Y se confiesa, desgarrada el alma: «...porque las tinieblas de la perversa ley que yo siempre seguí, han ofuscado el ojo de mi inteligencia» (Or. VII, p. 72). Y hasta se atreve a suspirar: «¡Oh, dulcísimo amor, yo no te amé durante todo el tiempo de mi vida!» (Or. VIII, p. 49). Y con un estilo de

[26] *Preghiere ed elevazioni*, V. ed., Taurisano, Roma 1920, p. 178. La traducción es nuestra.

implorante indignación: «Confieso, Dios eterno, que yo siempre he amado aquello que tú odias y odiado aquello que tú amas. Pero hoy grito delante de tu misericordia para que tú me concedas seguir tu verdad con corazón puro» (Or. XLX, p. 212). Y finalmente, casi con las mismas palabras de su hermana espiritual de Lucca, unidas en la misma inmolación por la reforma de la Iglesia: «¡Oh, Trinidad eterna, yo he pecado por todo el tiempo de mi vida!». Y, como la "*povera Gemma*", también ella guía de grandes personajes, prelados y papas, suspira: «¡Oh, miserable alma mía, ¿no has tenido en cuenta a tu Dios? Ciertamente no; ya que si lo hubieses tenido en cuenta, ahora estarías consumida en el horno de su caridad!» (Or. XX, p. 224ss.).

No por casualidad Pablo VI, siempre atento a las íntimas exigencias de la vida del Espíritu, veía en la obra y en la doctrina de Catalina un anticipo en favor de la Iglesia de la doctrina de la *Lumen Gentium* del Vaticano II. En la Alocución del 4 de octubre de 1970, pronunciada en ocasión de la proclamación de la Santa como Doctora de la Iglesia, el Papa se preguntaba: «¿Cómo entonces no recordar la intensa obra llevada a cabo por la Santa en bien de la reforma de la Iglesia? Es principalmente a los pastores sagrados que ella dirige sus exhortaciones, muy disgustada con santa indignación por la cobardía de no pocos de ellos, temblando porque permanecían en silencio, mientras que la grey a ellos confiada se dispersaba y arruinaba»[27].

Por eso es profundísimo en Catalina el sentido del pecado al punto que ella vive en su carne estigmatizada una aflicción amorosa por la salvación de sus hermanos perdidos en este mundo «...que van por el camino de abajo y... voluntariamente se ahogan». Así «...ellos han llegado a ser enfermos, y esto sucedió cuando concibieron el pecado mortal en sus mentes, luego lo dieron a luz y así pierden la vida de la gracia» (*Il Dialogo* I, 31, p. 70). Mal y Dios, la doble lucha de la historia del mundo que se desarrolla en el fondo oscuro que envuelve la creación; pecado y gracia: la doble lucha en el interior del hombre, en el fondo oscuro que envuelve la libertad de todo hombre que vive consternado

[27] *La donna nel magistero di Paolo VI,* Roma 1980, p. 362. La traducción es nuestra.

mientras se desenvuelve la escena de su propia vida.

Cambia rápidamente la apariencia del mundo: no sólo ha cambiado, y muchas veces, desde los tiempos de Catalina hasta nosotros. El vórtice de las pasiones jamás saciadas, la incredulidad, primero con el nominalismo teológico de los tiempos de Catalina, luego con el humanismo, con el racionalismo y el iluminismo, y hoy con la antropología hedonista, han intentado bloquear todo acceso a la vida sobrenatural enclavando al hombre en esta prisión que lo hace tan feroz, haciéndolo esclavo de las cosas pasajeras y quitándole la libertad creativa de los hijos de Dios. El pecador es esclavo dos veces: de sí mismo, es decir de la "nube" del amor propio, y del príncipe de este mundo, aquel que la teología denomina el Diablo y su aliado, que ya actúa en la historia, el Anticristo.

Viene a nuestro auxilio una luminosa oración de Catalina:

«¡Oh, Amor inestimable, oh dulce Amor, Fuego eterno! Eres el fuego que siempre arde, ¡oh, alta Trinidad! Eres recto sin torceduras, sencillo sin doblez y sincero sin fingimiento. Dirige los ojos de la misericordia a tus criaturas. Reconozco que te es propia la misericordia; es más, adonde quiera que me vuelvo, no encuentro más que misericordia. Por eso grito y corro a tu misericordia para que la tengas con el mundo»[28].

Traducido del original italiano
por el R. P. Lic. Elvio C. Fontana, V.E.

[28] *Oraciones y Soliloquios*, Or. XIX, ed. B.A.C., p. 494.